

VIDA Y OBRA DE SILVESTRE MARTÍNEZ DE HARO

DIEGO BONILLO LÓPEZ (*Coordinador*)

GINÉS BONILLO MARTÍNEZ

PEDRO PONCE MOLINA

VIDA

LA TENACIDAD VOCACIONAL FRENTE A LAS ADVERSIDADES

GINÉS BONILLO MARTÍNEZ

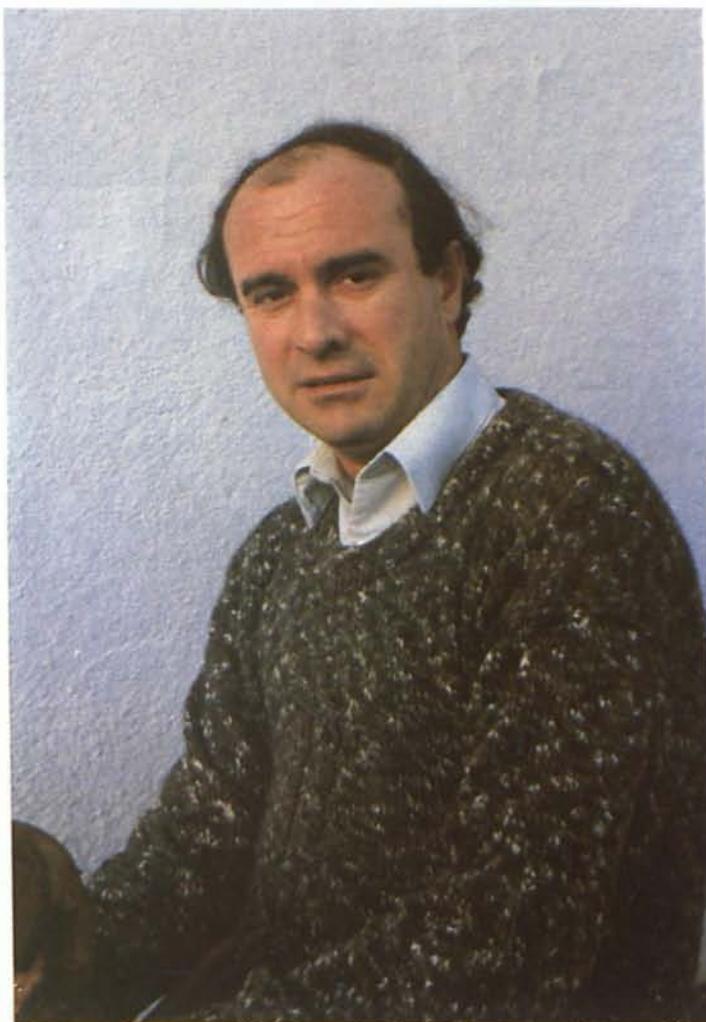
Silvestre Martínez de Haro nació el 29 de septiembre de 1947 en Huércal-Overa, en la casa paterna —como era costumbre entonces—, sita en el número 65 de la calle Mayor. Fue el segundo hijo de los tres que tuvo el matrimonio formado en 1941 por Pedro Martínez Sánchez y María de Haro Jiménez, ambos originarios de Huércal-Overa. A Silvestre le precedió la primogénita, Ana María, y tras él nacería José, el benjamín.

La corta vida de Silvestre ofrece, como antítesis a dicha brevedad, un intenso periplo cargado de contrastes, alternando —confundiéndose, a veces— ilusiones y frustraciones, penurias y triunfos, siempre bajo la perseverante e incansable batuta de la búsqueda de una felicidad y una libertad física y espiritual que le hicieron acreedor ejemplar de la tenacidad y de la más fina sensibilidad humana.

Pedro Alonso Asensio, en su poema “A un amigo perdido” (1994), refiere la imposición de la vocación irrenunciable de Silvestre sobre las adversidades en estos versos:

*Un ansia salvaje te empujaba
como un corazón convulso
hacia donde la vida es belleza
[...]*

*Te golpearon los accesos crueles
de la amargura y de la dura miseria;
sin embargo no te puedes quejar de tu elección,
no podías hacer otra cosa
porque a ti te mandaban tus sueños.*



1. Silvestre Martínez de Haro

Desde la misma adolescencia se entrevé en Silvestre al artista polifacético henchido de afanes, al cultor de todas las artes por sus inquietudes sin fronteras, al espíritu de amplias miras a la usanza del renacentista,



2. En el rodaje del cortometraje *Obsesión* (1965), en la puerta del Asilo de Ancianos de Huércal-Overa.

y en esencia al pintor —“pintor antes de nacer”, como le gustaba autodefinirse—, al hombre agraciado, además, por admirables valores humanos. Vivió constantemente inmerso entre dibujos, bocetos, óleos, anilinas, cuentos, obras de teatro, cortometrajes... Y resulta aun más admirable el hecho de que toda esta actividad artística la desarrollara —o intentara desarrollarla— en una Huércal-Overa y en una España de interminable posguerra. Toda una aventura que abarca del dibujo y la pintura a la literatura, y del teatro al cine; en definitiva, todo lo que fuera arte y estuviese a su alcance en aquel mundo y aquel ambiente tan restringidos de su adolescencia y juventud. Como testimonio de su inquietud, se llega a citar incluso su interés por el periodismo y la espeleología.

Fue en su etapa estudiantil de bachillerato en el Intituto “Cura Valera” cuando Miguel Cantón Checa lo introdujo en el mundo de la pintura y le dio aliento para continuar por él. Si bien, el influjo quedó en eso, en la inyección y promoción del impulso vocacional, porque para Silvestre, según le comentó a Pedro Martínez Domene en 1981, Cantón sólo

[...] me influyó en cierto modo. [...] Alumnos de Cantón hemos sido casi todos. [...] Aunque también he de decir que a mí Cantón, en el plan técnico, no me influyó nada. Estuve en contacto con su obra

desde pequeño, como alumno suyo, [...] y lógicamente algo queda dentro, pero mi obra ha seguido por otros derroteros.

Sin finalizar los estudios del Instituto, a los dieciséis años sintió la necesidad de retirarse de todo y eligió el Asilo de Ancianos de las Hermanitas de los Desamparados —decisión que resulta muy sintomática respecto a su talante y a su arte en ciernes— para sacar apuntes, bocetos, pintar, escribir, estudiar a fondo las raíces, coordenadas y sensaciones propias de unas vidas desarraigadas, las de los más desposeídos (en condiciones económicas y materiales, en afecto y hasta en *vida*). Durante una larga temporada, el asilo de Huércal-Overa concentró toda su atención y desvelos, se convirtió en su estudio, y sus gentes, a los que calificaba de “gente solitaria”, en su tema y fuente de inspiración tanto en lo concerniente a la pintura como a la literatura y el cine.

A partir de ahí —le comentó a P. Martínez Domene—, vi las cosas mucho más claras. Me fui otra temporada con Tomás Ortega, admirable compañero-pintor de Úrcal, con quien viví en un cortijo, muy cerca del Cabezo de Jara, pintando, labrando la tierra, montando la borriquilla por la mañana para ir a la ‘caza’ del paisaje. Esto, el contacto con la Naturaleza, y mi experiencia anterior en el asilo, afianzaron mucho más mi afición por la pintura.

Esta etapa de “toma de contacto con la Naturaleza” resultaría crucial y tuvo lugar entre los dieciséis y los veinte años.

Al acercarse a los diecisiete empezó a ocupar plazas vacantes en Correos, contratado como cartero y luego como oficial, donde coincidió con el galerista Antonio Asensio que le proporcionó material de pintura y los altos de su casa en la calle Sepulcro para que desarrollase su sueño más querido por entonces: poder pintar. El resultado fue una treintena de lienzos que, ante su negativa a vender, deciden repartir uno a uno entre los dos, alternándose en el turno de elección.

También en su etapa de bachillerato ocupó la dirección del grupo de teatro del Instituto “Cura Valera”; con el cual, incluso acabada esta fase vital, seguía colaborando, como cuando en 1969 dirigió la representación de *Los marqueses de Matute*, comedia de Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño, para subvencionar el viaje de estudios de aquel curso. Y mucho más tarde, ya en 1993, dirigía el grupo de teatro “Almíbar Silvestre” de la Escuela Municipal de Adultos, que en el momento de su muerte preparaba la obra *Melocotón en almíbar*, de Miguel Mihura, representada luego en su homenaje.

Igualmente, desde muy joven mostró interés por los relatos cortos, de los cuales merece citarse *El niño tonto*, que materializa las vivencias urbanas de un niño criado en un ambiente rural, y se alzó ganador en 1979 del concurso literario “Gabriel Espinar-79”, en su modalidad de cuento corto (dotado con 25.000 pts.), convocado por el Ayuntamiento de Huércal-Overa; premio que le permitió compartir los laureles con Julio Alfredo Egea, victorioso en la modalidad de poesía.

Aún adolescente le atrajo también el cine *amateur*, interesándose lo mismo por escribir guiones que por la dirección e interpretación. Muestra de tal interés fueron —con la colaboración asidua del fotógrafo Pepe Rubio (con el cual fundó el Equipo Sipe en 1964)— cuatro cortometrajes: *El Maletilla* (1964), sobre el mundo del toreo; *Obsesión* (1965), sobre la ansiedad por captar la luz en la pintura; *La Historia del Arte* (1968), documental de carácter didáctico para los colegios; y *Sangre de Aceitunas* (1985), documental sobre el itinerario de la oliva desde el árbol a la almazara. *La vida* (1972), de carácter simbólico, se quedó en el guión y dos tomas. La responsabilidad de Silvestre para con sus obras le llevaba a ejercer de guionista, director y actor en las mismas. En la década de los años ochenta colaboró en algún que otro corto, como en *El hijo pródigo* (1987), de

A. Asensio. Los dos primeros fueron reconocidos con sendos premios. El tercero fue patrocinado por la Diputación Provincial. Sin embargo, a pesar de haber obtenido algunos premios, Silvestre le confesó a A. Asensio en 1972 que pensaba en

[...] un sólo premio a la hora de hacer una película. Este premio es la satisfacción de haberla hecho; aparte, al presentarla a un concurso se espera la aprobación del público y, por lo que a mí respecta, un premio honorífico lo tengo en mayor estima que lo que pueda conseguir en metálico.

El desarrollo de esta frenética actividad hay que contemplarla sin dejar de lado un momento su fascinación por su verdadero gran amor, la pintura. En 1981, a sus treinta y tres años, reconocía ante P. Martínez Domene que

Antes de nacer ya era pintor. Y de muy pequeño tengo montones de dibujos y pinturas, conservo dibujos de cuando tenía tres años. Y aun a pesar de la cantidad de trabajos que he tenido que realizar para ganarme la vida, y que la mayoría no han tenido nada que ver con la pintura, siempre he vuelto a ella, he roto con todo para dedicarme a la pintura y al arte en sí.

Como prueba de este hechizo, ya de mayor recordaba con frecuencia Silvestre aquella tarde de un viernes en que subió a los altos que le servían de estudio, y después de pintar toda la noche, cuando llegó un familiar suyo (preocupado porque no sabían nada de él en su casa, ni siquiera dónde estaba), se enteró de que era domingo: Aquella noche —según contaba luego él— había sido de cuarenta y ocho horas; cuarenta y ocho horas sin dormir, sin comer, y sin dejar de pintar.

Tras un servicio militar calamitoso, al que se incorporó al alcanzar los veinte años, marcado por un cruel aislamiento en el Peñón de Alhucemas —y en el que, por cierto, realizó su primera exposición; y primera exposición que se realizaba en Alhucemas—, los avatares y necesidades de la vida lo obligaron a desarrollar un trabajo tan opuesto a su espíritu libre y creador como el de oficinista: primero en una gestoría, luego en la oficina de Correos, en la que ya había estado con anterioridad al servicio militar.

Alterna estos trabajos con otros muy diversos, como las ilustraciones para libros, la pintura de etiquetas de vinos y la confección de clichés y dibujos para artes gráficas (“para sacar dinero de algún lado”, según decía).



3. "Familia campesina". Óleo. Hacia 1970. Época Expresionista de su pintura.

Se le plantea un dilema: "situarse en la vida" (o sea, "casarse y adquirir un trabajo en la Banca o Correos") o emprender el gran sueño de su vida: estudiar Bellas Artes. La decisión, a la luz de su vocación y su experiencia, estaba tomada de antemano: cansado de burocracia e hipocresía —con la bondadosa mediación de Gabriel Espinar, director del Instituto—, con veintinueve años recién cumplidos, y con una determinación trascendental y admirable, en 1976 renunció a esa "comodidad" que le podría proporcionar un trabajo fijo y estable, abandonando todo y "sin apenas equipaje" marchó a Valencia para matricularse en la entonces Escuela Superior de San Carlos.

La ciudad levantina era desde principios de los años setenta escenario de las vivencias universitarias de otros huercaleses, entre los que cabe destacar por orden de llegada a Ginés Cervantes, Jesús de

Haro, Antonio Rojas, Diego Bonillo, Emilio Zurita... todos ellos también pintores y estudiantes de Bellas Artes. El mismo año que Silvestre desembarcaron asimismo Pepe Bernal y Lorenzo López.

La llegada de Silvestre a Valencia aportó al grupo un aire de serenidad y propició un clima de confianza de lo que se beneficiaron todos, al encontrar en él al hermano mayor, al consejero y amigo, tan diligente como desinteresado, en aquel voluntario y apetecido exilio-paraíso universitario.

Silvestre se instaló con Rojas en el número 2 de la calle Museo, en la llamada "buhardilla de los de Huércal-Overa", y se encontraba a tan sólo unos metros de los domicilios de Bonillo, Zurita, Lorenzo y Bernal. De inmediato se entabló una estrecha relación entre todos, caracterizada por la colaboración y la ayuda mutuas.



4. Cortijos. Óleo. Hacia 1982. Paisajes de la tierra. Fuerte impresionismo.



5. Paisaje de Santopéтар. Óleo. Hacia 1980.



6. Con Enrique Tierno Galván y Eloy López Miralles, con ocasión del cierre en Huércal-Overa de la campaña electoral de los comicios autonómicos de 1982.

A finales de los setenta se sumó Miguel Uribe a esta lista de estudiantes huercaleses en la Escuela de San Carlos, viviendo también en la buhardilla, con Silvestre; y bastante más tarde, a principios de la década de los noventa, se incorporaron otros dos, Juan Montesinos y Pedro Parra Gambi, conformando así toda una escuela de pintores y toda una escuela de pintura.

Aún recuerdan todos la multitud de anécdotas de las que Silvestre fue protagonista en estos años universitarios, de los cuales Silvestre confesaba ante P. Martínez Domene que

Mi vida allí ha sido amarga. Fui quemado por mis propias ideas, ideas muy premeditadas y que no resultaron una vez allí. Llegué a encerrarme en mi propio estudio y casi a morirme de hambre, pero eso fue una etapa crítica.

Con la finalidad de superar su maltrecha —a veces, angustiada— situación económica, simultaneó en ocasiones sus estudios con trabajos de toda índole (sin faltar los de carácter físico), pero entre los que destacan, por su naturaleza artística, el de pintor de fallas y el de restaurador de esculturas en la propia Escuela. Durante los veranos se ganaba parte del dinero con el que luego se mantenía en la Universidad trabajando en la misma gestoría en que trabajó unos

años antes (en especial, rellenando declaraciones de la renta y solicitudes de pensión), y en ocasiones de nuevo en Correos.

En poco tiempo, su talante conciliador, junto a su afable sencillez y su abierta cordialidad, lo convirtieron en una persona querida y respetada entre sus compañeros y amigos, así como en todo el entorno de la Facultad, el barrio del Carmen. Es legendaria su capacidad de tertuliano empedernido, de conversador nato, sabiendo alargar la copa de vino minutos y horas, hasta agotar a los otros (ha sido calificado de “charlatán consumado, por supuesto en todo su buen sentido”). Años después, en 1994, Ginés Aznar destacaba de Silvestre “su calidad humana, sincero, amable, siempre dispuesto al diálogo, [...] el hacer favores a todos aquellos que lo necesitasen, era moneda corriente en su forma de ser”. Y Juan Gómez aportaba como argumento para dedicarle el Ayuntamiento una calle en 1994 el “ser amigo de sus amigos, persona querida para cuantos le conocieron”.

Obtuvo la licenciatura en Bellas Artes en 1981. Su paso por la Escuela resultó sumamente beneficioso para Silvestre, puesto que allí, según declaraba ante P. Martínez Domene,

Comienzo a ver con claridad espantosa la pérdida de tiempo en cuanto a técnica pictórica se refiere. Cosas que antes yo tardaba semanas en dedu-

cir, ahora las veía palpables en un sólo día. Fui adquiriendo unos conocimientos, en el plan de procedimientos pictóricos, que me llevaron a manejar todo tipo de estilos. Empiezo incluso a ver el encanto de la abstracción, tan desconocida para mí.

Empiezo ahora a pintar en un plan serio y formal, con una técnica ya adquirida, y, sobre todo, pintura impresionista. [...] Paso por todas las etapas posibles hasta llegar al hiperrealismo.

Su sentido de la investigación en pintura, y por medio de la pintura, afloraba con frecuencia en sus palabras: investigar dentro del impresionismo y de otras diversas técnicas, destacando quizá sus anilinas como mejor fruto, con la delimitación del contorno de las figuras mediante líneas negras que guardan cierto aire con el expresionismo de Ginés Parra. Así, al hablar sobre sus raíces artísticas con P. Martínez Domene, advirtió Silvestre que se hallaban "Sin lugar a dudas, en los pintores impresionistas. Me siento un pintor impresionista. Aunque naturalmente he investigado todos los estilos, hasta llegar incluso a la abstracción; he tocado el 'naif', [...] pero sigo afeerrado al impresionismo".

Pero su fecunda sed de vida y su sentido del compromiso social no quedaron reducidos a los límites del arte sino que realizó incursiones en otros campos de la realidad, como fue el caso de la política. Formó parte de la candidatura presentada por el Partido Socialista Obrero Español a las elecciones municipales de 1983 en Huércal-Overa, en las que obtuvo un acta de concejal. Habiendo resultado victoriosa la candidatura por mayoría absoluta, y con Juan Gómez como alcalde, Silvestre ocupó la Concejalía de Cultura durante la legislatura de 1983 a 1987.

En 1985 logró otra satisfacción personal al contraer matrimonio con Isabel Fábrega Sánchez, profesora de Enseñanza Primaria y compañera inseparable desde que se conocieron dos años antes.

A partir de 1986 se dedica a la enseñanza. En los cursos siguientes desarrolló su labor como profesor de Dibujo en institutos de diversas localidades: Tíjola, Olula del Río, El Ejido, Albex, Cantoria, Pulpí y, finalmente, Huércal-Overa; centros en los que fue dejando Silvestre como semilla su preocupación por transmitir a sus alumnos su sensibilidad y el amor a la pintura, como ocurrió con el zurgenero Pedro Segura, que se declara discípulo suyo.

Paralela a su actividad docente, continuó durante estos años su incansable faceta creadora, de la cual fueron muestras las numerosas exposiciones colectivas y personales que realizó con el fin de sacar a la



7. La pintura de Silvestre tiene un claro valor como testimonio social, reflejo de una época. "Campesino meditando", óleo.

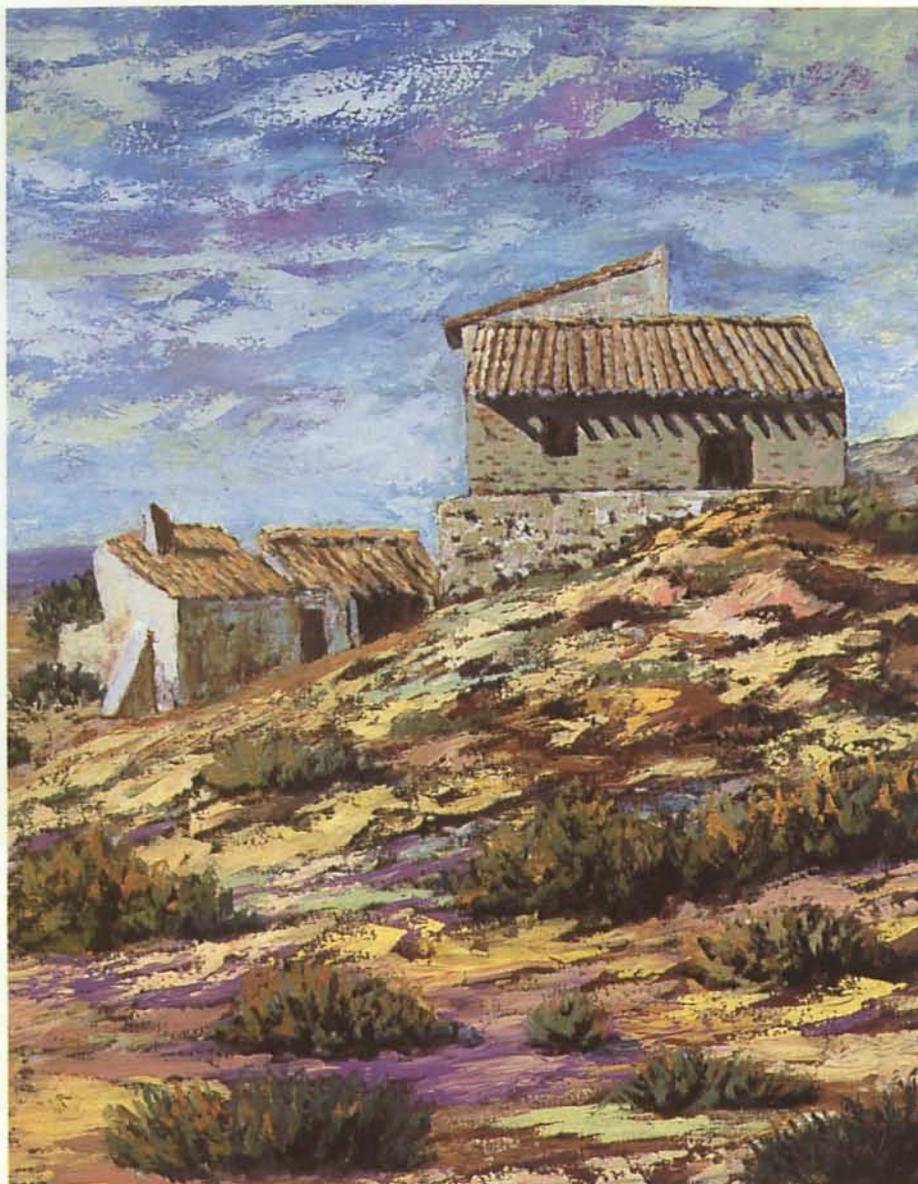
luz su extensa obra pictórica, producto de su inagotable fuente de inspiración: la tierra, su tierra. Juan López Uribe hizo hincapié, según relataba G. Aznar en 1994, en que Silvestre

[...] supo captar como nadie el alma de nuestro pueblo, sus rincones, sus personajes, y sus tradiciones, por los que sentía una gran atracción. Y también su paisaje, el campo yermo, desolado, de cortijos abandonados como testimonio de un pasado añorado, fueron sus temas preferidos.

Inciendo en parte en lo mismo, J. Gómez ha referido que

La realidad deforme de sus anilinas y los paisajes rurales con sus viejos cortijos, representan de alguna manera la melancolía de su ser y la premonición de una vida intensa pero corta.

Por lo que respecta al valor material de su obra, y a pesar de preferir Silvestre los premios honoríficos a los monetarios, tampoco hay que engañarse, y él mismo dejó constancia ante P. Martínez Domene que, sin ser un entusiasta de las exposiciones, "cuando monto alguna, no me importa decir que lo hago siempre con unos claros fines comerciales".



8. Cortijo. Óleo. Hacia 1985.

El nacimiento de su hija María Rosa en 1987, por la que sentía una debilidad especial, colmó su ansiada felicidad. A partir de ese momento compartió felizmente la vida con su esposa e hija, y alimentaba regularmente su espíritu inquieto y de libertad en las múltiples escapadas que realizaban los tres juntos al campo, en especial a la pedanía de Santopéтар, cuna de Isabel, y prototipo de esa tierra objeto de su amor y la mayor fuente de inspiración para su obra paisajística, como señala G. Aznar en 1994, que al enumerar sus gustos resaltaba éste,

[...] fundamentalmente, salir a "su campo huercalense", que era donde él se encontraba a sí mismo, en el azul del cielo, en los almendros, en los cortijos vacíos, en las gentes del campo, en definitiva, en todo aquello que "oliese" a Naturaleza.

Otro acontecimiento ocurrido en julio de 1992, aprobar el concurso-oposición al cuerpo de Profesores de Enseñanza Media, vaticinaba que Silvestre había alcanzado el premio a su tenacidad y bondad naturales, con lo que se preveía que habría de conseguir la estabilidad definitiva.

Para entonces, se había convertido en uno de los artistas huercalenses más cotizados, con obras colgadas en muchas casas del pueblo y bastantes en otras ciudades y países.

No obstante, la vida le reservaba una última traición: el 27 de abril de 1993, justo el día en que se disponía a celebrar el octavo aniversario de su boda, en plena efervescencia artística y espiritual (anunciando desde sus últimos cuadros un viraje hacia cierto estilo posimpresionista), cuando parecía que había logrado el equilibrio y la paz que tanto había perse-



9 y 10. "Niños del campo" y "En pos del padre" son dos ejemplos claros de la modernidad e impacto expresionista que llegó a desarrollar Silvestre con sus anilinas.. Hacia 1988.

guido, a solas en su casa, un infarto de miocardio le abrió inesperadamente las puertas de la paz eterna.

De su pérdida se hizo eco por extenso *La Voz de Almería*, y tuvo su oportuna reseña en el periódico especializado *El Punto de las Artes*, de Madrid, donde se subrayó una vez más su vinculación "a la corriente costumbrista, pero dentro de un sentido renovador", junto a su "singular visión del paisaje". Sin embargo, la huella de Silvestre es indeleble y ni siquiera el paso de los años borra su memoria entre sus conciudadanos: desde la dedicación de una calle

con su nombre y el homenaje patrocinado por el Ayuntamiento de Huércal-Overa y la Diputación Provincial en 1994, hasta la concesión del escudo e insignia de oro del Instituto "Alujaira" en marzo de 2001 y la página protagonizada por él y su pintura que alberga el Instituto "Cura Valera" en su sitio web en internet, son prueba de que más allá de la memoria, es en el corazón de quienes lo conocieron donde pervive uno de los corazones más grandes, nobles e inquietos de los que ha dado esta tierra, el del entrañable Silvestre Martínez de Haro.

OBRA

UN PAISAJE PARA UN PINTOR:

SILVESTRE FRENTE A HUÉRCAL-OVERA, HUÉRCAL-OVERA FRENTE A SILVESTRE

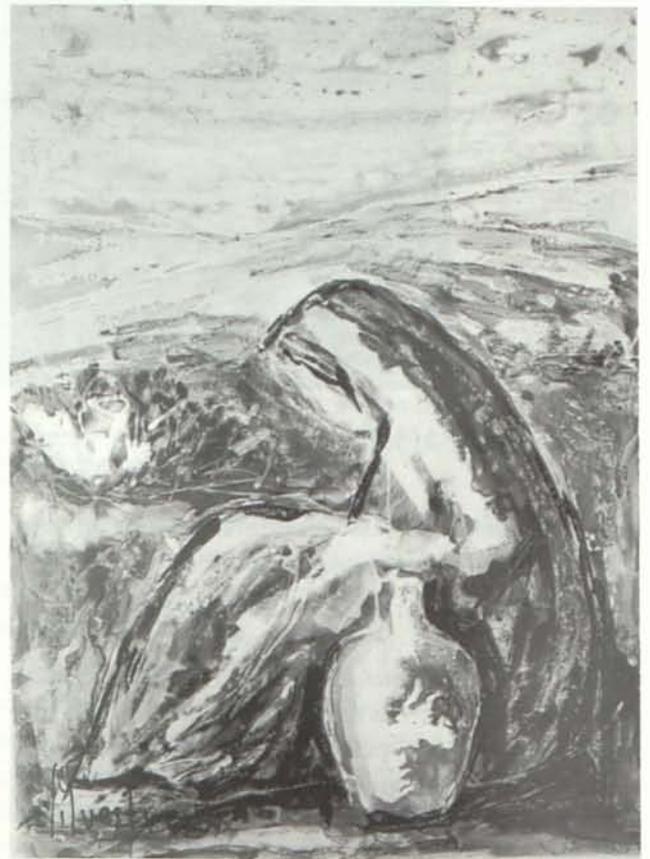
PEDRO PONCE MOLINA

Silvestre Martínez de Haro en todo momento mantuvo y conservó la identidad espacial con su tierra de origen: Huércal-Overa, por la que sentía un verdadero amor como ambientación familiar y humana, como depositaria de una manera definida de ver la vida, como paisaje. En Silvestre vemos al pintor que, necesariamente inquieto y plausiblemente disconforme, supo descubrir y difundir uno de los más bellos fragmentos de la tierra andaluza: Huércal-Overa. Sin embargo, otras vocaciones terminaban definiendo su personalidad y sus motivos de vida: escritor de relatos cortos, actor aficionado, político; actuaciones limitadas no a simples mejoras culturales o materiales sino que eran, por encima de todo, una vivencia condicionante que tenía en todo momento por norte su tierra.

El paisaje: el amor a la tierra como base de su obra

En los cuadros de Silvestre se aprecia una inspiración directa, reflejando ese primer impacto que un rincón de la naturaleza ofrece a quien se sitúa sin prejuicios y con amor ante ella, aprehendiendo la esencia misma del paisaje, analizando los factores ambientales, sustanciándolos en la riqueza de la materia pictórica para conseguir una expresión intensa y fuerte que arranca de un dibujo espontáneo y de seguro trazo. El pintor dibuja y configura con espátula lisa o gruesos toques de pincel que adensan la materia y atemperan, con un trabajado empaste, el vigoroso colorido: el resultado es una sólida configuración, compatible con una gran soltura conseguida por la superposición de pinceladas de amplio y rápido trazado ya que vela, aclara y matiza con admirable sutileza. Silvestre, que en todas sus obras parte de la naturaleza, fue un hombre de la tierra, amándola en sí misma y en lo que supone y representa, haciendo camino al andar, viendo algo nuevo en lo ya recorrido cientos de veces: la Almería del interior, la entraña de un pueblo mediterráneo cuyos valores quedan a veces sutilmente ocultos y otras sugeridos y que el artista supo captar en su esencia con acusado colorido y lumínicas intensidades.

El análisis de la obra de Silvestre, sin que ello signifique olvidar las restantes temáticas de gran interés, debe centrarse en su labor como paisajista. El dibujo es preciso, sólido y de factura depurada, pero la línea no es solamente la base de estos lienzos, ya que su interés por la luz y el color le llevan a buscar planteamientos espaciales sustentados igualmente en efectos cromáticos; y al valerse de la forma, la luz y el color logra establecer una sólida configuración, advirtiéndose en algunas de sus obras una tendencia a un constructivismo reflexivo que robustece la composición cromática de sus paisajes; siendo, precisamente, su interés por el color lo que le impulsa, no obstante, a una abstracción tonal con la que logra cierta expresividad. El cuadro se convierte en pura estructura cromática, donde la amalgama de luz y color logran la potenciación de los elementos naturales, en una interpretación personal llena de elegan-



11. "Mujer con cántaro". Anilina. Hacia 1982.



12. Mesa redonda de la Exposición-Homenaje póstumo realizado en Huércal-Overa en 1994, compuesta (de izquierda a derecha) por Juan López Uribe, Lorenzo López, Tomás Ortega, Diego Bonillo, Ginés Cervantes, Pedro M. Domene, Pepe Rubio, Pepe Bernal y Jesús de Haro

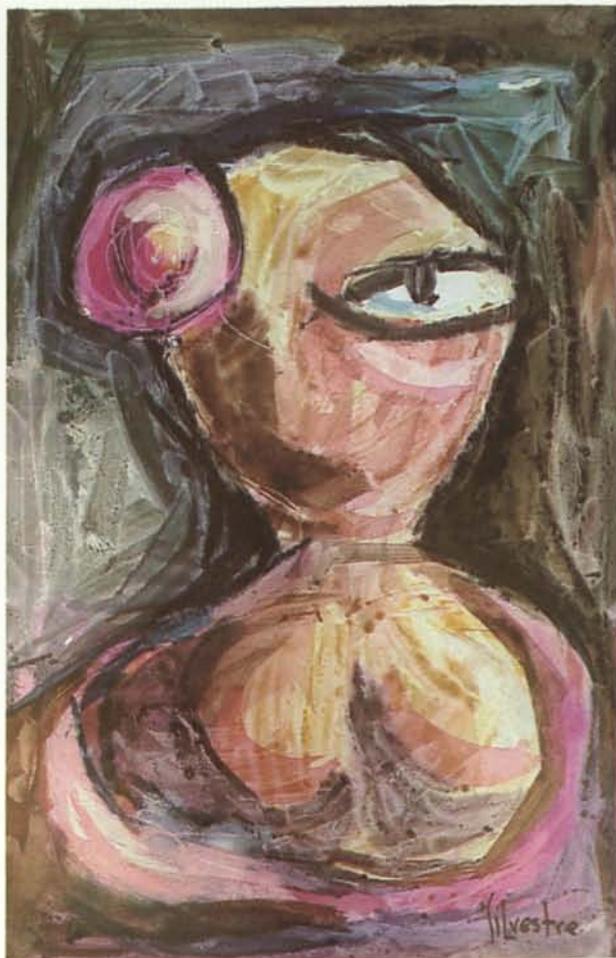
cia y equilibrio, pretendiendo encontrar la razón íntima que conforma el ambiente.

En algunos paisajes de Silvestre inspirados en zonas montañosas y en las amplias fracturas marcadas por colinas, pese a la agilidad de las formas se destaca el protagonismo de la geología, acentuado al levantar el horizonte hasta el cielo del que sólo se ve una estrecha franja, apareciendo en estos casos el paisaje almeriense en su realidad esencial y en toda su grandiosidad y soledad, delimitando y apretando su estructura, deteniéndose lo menos posible en lo meramente externo y ciñéndose fuertemente a sus estratos profundos, logrando el expresionismo de la austera geología almeriense.

El amor a la tierra del agricultor se concreta en Silvestre en una sentida interpretación de sus sedientas tierras, de su luminoso ambiente y de sus matices de color. Tierras apretadas, firmemente captadas en su esquema esencial, confiriendo a los surcos y a la disposición del terrazgo función estética, estructuradora de espacios y determinante de perspectivas.

El espacio rural de Huércal-Overa está configurado por una serie de elementos tanto naturales como

humanos impregnados de historia y de gran belleza, destacándose las casas tradicionales que Silvestre redescubre, animadas en su vida de lienzo, presentando la otra Huércal-Overa presente ahí, y que el pintor supo ver; mostrándolas en cuadros repletos de colorido y a la vez de sobriedad. Tomando los ricos tonos, los fragua; realizando con ellos el blanquizal de las paredes de estas casas, captadas en la esencialidad de sus elementos constructivos modelados internamente por el color y la calidad de la materia pictórica. En su tierra, Silvestre encuentra la Almería intemporal que se expresa en construcciones elementales, pero a la vez con la gracia de lo espontáneo, resueltas por la experiencia histórica y una sabia elaboración, casas cargadas de secular historia y que deben ser contempladas en relación con la tierra. El artista recoge las coordenadas ambientales que impregnan las edificaciones, concentra los espacios y busca el efecto estético de los rincones, se interesa por la composición cromática que le sugieren muros, paredes y fachadas, permitiéndole la materialización de tejados y formular juegos lineales que el relieve matérico hace más patentes.



La influencia de Ginés Parra sobre la obra de Silvestre se deja notar en estas anilinas.
A la izquierda: 13. "Mujer folclórica". A la derecha: 14. "Bodegón".

En sus representaciones, Silvestre humaniza los cortijos olvidados por el hombre, sintiendo el drama de las viejas y humildes casas, que cobran nueva vida pictórica en una interpretación de lo sencillo, convertido en prototipo al plasmarlo en su esencia eliminando lo accesorio. Casas medio caídas, paredes desconchadas, huecos asimétricos pero armoniosos, todo usado, abatido pero emocionante, el artista penetra magistralmente en la realidad de unos ambientes olvidados en la melancolía y el abandono, llamados a desaparecer —o no, ya que resisten hundiendo sus raíces en la tierra que les vio surgir—. Cabe preguntarse qué pretendió Silvestre al dar nueva vida pictórica a estas humildes construcciones, su actitud ¿es contestataria? A la vista de la humanidad que reflejan y el hálito palpitante de vida que dejan entrever los cuadros, su actitud es comprensiva y entrañable.

Existe algo de vital importancia para que un pintor se realice plenamente y es su comunión con el punto esencial de todo aquello que quiere hacer suyo tomándolo tanto del medio natural como del humanizado: Cosas que parecían no tener importancia,

como las abandonadas casas populares de la otra Huércal-Overa, por medio de su arte hace que se revitalicen y crezcan en su contenido esencial. Silvestre será desde entonces un pintor con señas de identidad propias insertas en esta tierra: la otra Huércal-Overa captada por el pintor, es su Huércal-Overa de siempre; por lo que no hay que buscar otra teoría para explicar esta temática, aunque pueda haberla, puesto que todo arte sugiere una y múltiples interpretaciones. La clave pudiera estar en los versos de Odysseus Elytis: "Lo que amo nace continuamente, lo que amo se encuentra siempre en su principio".

El color es en el paisaje el que se ve en la naturaleza de Huércal-Overa, fundamentalmente los múltiples ocres de tierra. La naturaleza es color. Silvestre al captar la riqueza cromática de los componentes del paisaje se sirve de la vegetación, las tierras de cultivo, las fracturas del terreno, la disposición del caserío, para organizar las masas cromáticas, aprehendiendo a través del color el ambiente. Los diferentes tonos de la naturaleza que contempla constituyen ocasión para una acertada ordenación de ma-



Las escenas del campo adquieren en su última época el carácter de mitología, un efecto recurrente, cargado de expresividad, como se aprecia en la fuerza y el colorido de estas anilinas.
Arriba: 15. "Labriego". Abajo: 16. "Campesinas en la fuente".



17 y 18. "Marina" y "Mujer con flor". Anilinas. Hacia 1989.

sas ocre, rojizas, verdes, oscuras, ya que Silvestre no apura el dibujo pero sí detalla el color al resolver de manera cromática las estructuras, logrando tonalidades de vivo efecto y bellos contrastes. Colores rojos, verdes, amarillos predominan en algunas ocasiones, mientras que en otras lo son los azules, grises, ocre, conjugándose todos en bellas y bien empastadas combinaciones luminosas.

Hasta aquí lo que la naturaleza le ofrecía a Silvestre, pero el artista fue evolucionando e inspirando una parte de su cromatismo no exclusivamente en el paisaje que veía fuera de él, sino en otro interior de la nostalgia, que transmite la esencia de la realidad: entre otros surgieron los violetas que hacen más luz a la luz.

Silvestre busca las sugerencias de la acción conformativa de la luz en la naturaleza, envolviendo los distintos elementos de la composición en una atmósfera mediterránea con expresión fuertemente luminosa. El pintor se encara abiertamente con esa luz mediterránea y espectacular de Huércal-Overa. La luz, que modifica contornos y gamas, es para Silvestre esencialmente color al captar la riqueza de sus tonos al incidir en las paredes, en las tierras y en la vegetación, surgiendo de la luz sobre los elementos de la composición los leves grises, los ocre y las suaves matizaciones azuladas.

La figura humana: el compromiso con la justicia social

Hasta este momento se ha expuesto el análisis de la trayectoria pictórica de Silvestre como paisajista, ya que sin duda este aspecto de su obra puede calificarse de excepcional, tanto por número como por calidad, sin embargo para el penetrante y sagaz observador que era Silvestre el medio social no podía pasar desapercibido y tanto hombres como mujeres irrumpen con fuerza en sus lienzos, que no por menos numerosos dejan de presentar interés: leñadores, zapateros, guitarristas, encajeras y sobre todo campesinos; personajes que, en ocasiones, parecen hallarse perdidos en medio de un mundo no precisamente hostil pero si indiferente, captados con esa capacidad instintiva de Silvestre para sugerir la detención del instante y cuyos rostros, resueltos a veces por una sola mancha, aseguran la comunicación. Hombres y mujeres que se concretan con seguros pero a la vez ágiles trazos que dan una impresión de serenidad, están perfectamente definidos en su carácter, en su participación en la acción y en su situación anímica. Estos cuadros nos llevan a una pintura testimonial, de compromiso pero no con un estamento o un grupo concreto, sino con el reconocimiento, con la justicia.

Las figuras están alejadas del estereotipo ya que si, por una parte, la propia anécdota se convierte en pintura pura al hallarse servida por medios estrictamente pictóricos y sin acudir a lo meramente narrativo, por otra expresan la vida, pues la temática se inserta en la vida sacada de la vida misma. En estos cuadros Silvestre refleja la historia de la gente sin historia.

Las anilinas: la inquietud artística por la aprehensión de la luz y el color

En Silvestre, tan importante como la perseverancia, fue su inquietud artística que le llevó a nuevas aperturas en la realización de su trabajo y en la concreción de sus ideales representativos, desembocando en sus originales anilinas, procedimiento pictórico que manejó impecablemente, con un estilo personalísimo.

La forma y el espacio se materializan por medio de un dibujo correcto y seguro, estando presente en todo momento la pureza y elegancia de la línea. La materia, que el artista elabora y ordena, hace posible la consecución de interesantes efectos de aperturas y de veladuras. Todo queda envuelto por una abstracción de los puros elementos geométricos, siendo decisivas las masas de color en el resultado final, así como las extraordinarias calidades y transparencias que llevan a la belleza de las texturas y a las plurales matizaciones. Las anilinas de Silvestre pueden considerarse como modelo de pintura suelta y de acción que en algunos casos bordea los linderos del expresionismo, al que contribuyen algunos elementos de pintura gestual que generalmente no aparecen en los óleos.

En algunas de las anilinas destacan la rotundidad del trazo y el contraste de luces y de sombras, reflejando, no obstante, una considerable dosis de libertad: a qué responde, si no, su lucha entre el rigor de la línea y la expresividad.

En otras, los perfiles de los elementos que las configuran se desvanecen resultando unas leves siluetas envueltas por el color, quedando el tema perfectamente determinado a pesar de la tenue levedad del trazo y de su diseño, y de que la narración ha quedado reducida a sus rasgos esenciales. En estas anilinas se impone como modo predominante de captar la luz, el convertirla en color por medio de manchas de abstracción lírica, por lo que frecuentemente los temas, apenas abocetados, adquieren una dimensión poética, un cálido y sutil lirismo, mostrando la mancha descriptiva perfiles de abstracción.

Lo que sí está siempre presente es la pureza y elegancia de la línea, la fluidez en las manchas y una atenta captación de la luz. El contraste luminoso aumenta la corporeidad y la vistosidad, dejando paso, en otros momentos, a finas matizaciones.

Silvestre en sus anilinas, más que una dicción dibujística y prolija, lo que busca y encuentra es la aprehensión directa de la luz y del color. Si el primer elemento es la línea, de la expresión se encargan las coloraciones. Si en algunos momentos encuentra la nota expresiva más intensa en la introducción de colores fuertes y contrastados, en otros aparece una ambientación delicada y desvanecida, a la que contribuyen las coloraciones suaves.

Silvestre nació en tierra interior, pero desde la que se siente el mar. Un grupo de interesantes anilinas parece que se configuraron al acecho de un mar próximo, entrevisto o presentido, son mediterráneas: paisaje de la periferia costera, de tierras bajas pero no planas ni monótonas. En estas anilinas, a la agilidad y síntesis en el trazo se unen la delicadeza, armonía y sutileza en la luz y en el color. Todo forma parte del viejo Mediterráneo: mar, viejas e inquietas barcas, vegetación, color y luz.

Los dibujos: la esencialización del tema

En la obra de un pintor, los dibujos suelen constituir el aspecto menos conocido; y Silvestre, que a lo largo de una extensa y variada obra ha dejado la huella de su buen hacer en óleos y anilinas, no es una excepción. Sin embargo, este aspecto, centrado fundamentalmente en la serie referente al municipio de El Ejido, es interesante a pesar de ser muy escaso en número y poco conocido, ya que en los dibujos de Silvestre se verifica paulatinamente una identificación más concisa entre pintor y tema, parece como si los elementos del paisaje se hallaran absorbidos por el paisaje mismo. En algún dibujo, valiéndose de medios tan simples como la línea fina, ofrece unas composiciones en las que se conjugan plástica, emoción y poesía, llegando por medio de la esquematización a una esencialización del tema representado.

* * *

Al finalizar el análisis de la pintura de Silvestre es menester reparar, por tanto, en dos factores esenciales: su decidida vocación de pintor y el protagonismo de Huércal-Overa en su obra donde

Andalucía comienza o acaba limítrofe con tierras murcianas, cuna de pintores que han abierto brecha, superando lo ya hecho o marcando vertientes no exploradas, señalando caminos: el camino de una pintura que permite hablar de una escuela de Huércal-Overa, recreada con la figura del desaparecido y entrañable Silvestre Martínez de Haro.

Referencias Bibliográficas

– Alonso Asensio, Pedro (1994): “A un amigo perdido”. En: Tríptico del *Homenaje a Silvestre*, Huércal-Overa, del 28 al 31 de diciembre de 1994, [p. 2].

– Anónimo (1993): “Silvestre Martínez”. En: *El punto de las artes*, (Madrid), 13-5-1993.

– Asensio, Antonio (1972): “El cine amateur goza de gran afición en Huércal-Overa”. En: *Ideal*, (Granada), 9-12-1972.

– Aznar, Ginés (1993): “El pintor Silvestre Martínez murió de un infarto”. En: *La Voz de Almería*, 29-4-1993, p. 18.

– Aznar, Ginés (1994): “El pueblo le rendirá homenaje póstumo al pintor Silvestre Martínez con la celebra-

ción de diversos actos culturales”. En: *La Voz de Almería*, 11-12-1994, p. 29.

– Aznar, Ginés (2001): “El pintor Silvestre Martínez recibió a título póstumo el escudo de oro del ‘Albujaira’”. En: *La Voz de Almería*, 30-3-2001, p. 32.

– D. (1977): “Pintores antiguos alumnos del Instituto de Huércal-Overa, en Harvy”. En: *La Voz de Almería*, 9-3-1977, p. 14.

– Gómez Sánchez, Juan (1994): “El pasado 4 de febrero...”. En: Tríptico del *Homenaje a Silvestre*, Huércal-Overa, del 28 al 31 de diciembre de 1994, [p. 5].

– Martínez Domene, Pedro (1981): “Silvestre: ‘A mis 33 años he llegado al convencimiento de que la pintura puede satisfacerme plenamente’”. En: *Ideal*, (Granada), 7-4-1981, p. 20.

– M[artínez] N[avarro], D[iego] (1979): “Julio Alfredo Egea y Silvestre Martínez de Haro, ganadores del concurso literario”. En: *La Voz de Almería*, 21-10-1979, p. 11.

– Ponce Molina, Pedro (1985): “La pintura de Silvestre: Protagonismo de la tierra”. En: *Ideal*, (Almería), 12-2-1985, p. 21.

– Ponce Molina, Pedro (1986): “Las anilinas de Silvestre”. En: *Ideal*, (Almería), 12-10-1986, p. 10.

20. "Flor de tapanera".
Técnica mixta. Obra perteneciente a los últimos meses de su vida.

